

Kianga, un rayo de sol

Con la misma sutileza con la que un joyero descifra lo que su cliente anhela, narraré yo esta historia. De la misma forma que ese tal joyero desaparece en la trastienda para encontrar ese anillo escondido, viajaré yo por mis recuerdos archivados de esa vivencia de ocho largos meses en una Kenia rural donde no me marcaron los “simba” (leones) sino los “watu” (las personas).

Flota en mi memoria aquel día de principios de junio del año pasado. Por esas fechas Guitonga, el herrero del colegio que había contratado para diseñar y fabricar los prototipos de los paneles solares había desaparecido. Una desaparición voluntaria de un hombre incapaz de decir la verdad. Me prometía fechas de regreso que fluían según fluía el tiempo. En mi oración de esa mañana había visto cómo sentimientos de frustración chocaban con los deseos de seguir con el proyecto que me llevó hasta allá. También había encontrado en mí una profunda soledad. Lejos de los españoles en kilómetros y las fronteras culturales keniatas eran aún difíciles de cruzar. La tristeza se posaba en mi corazón y en mis escritos “Es duro ver la condición de pobreza que tienen los trabajadores”. Al Levantarse el sol, tenía también que levantarse mi ánimo haciendo casi un caso omiso a lo rezado. Pasaba el día y yo seguía sin pisar el taller. Guitonga no cogía el teléfono y yo aproveché para preparar la campaña para levantar fondos. Hablando con el director Stephen sobre qué proyectos haríamos, ajustando el logo y el nombre con la ONG de este nuevo proyecto. Una cosa estaba clara: la tecnología era el camino, el sol, la fuente y las personas, los protagonistas. Por la tarde salí de mi cuarto a grabar para tener contenido para el video de la campaña. Alumnos, profesores, trabajadores todos pasaron por el óculo de esa Canon todo terreno. El proyecto agrupaba un conjunto de iniciativas que surgieron de la escucha y el chapurreo intercambiado entre su inglés colonialmente heredado y el mío vagamente estudiado. Una de las más bonitas acciones sería la de instalar paneles solares en casa de aldeanos que viven sin

luz. Narrar esa historia por medio de un video o una fotografía no se podía hacer en el internado donde me alojaba. El sol seguía bajando y aún no había encontrado una casa donde poder grabar algo tan triste como no tener luz para estudiar. Mi querida Grease consiguió convencer a mama Wamboi (llamar a una mujer como madre de su primer descendiente es una muestra de respeto) que aceptara que la cámara y el cámara, entráramos en su casa. Eran ya las 19:00 y en el ecuador el sol es puntual en sus buenas noches, sin luz no podríamos grabar apenas. Mama Wamboi acaba de terminar su jornada laboral de 11 horas a cambio de unos pocos chelines kenianos.

Al caer el sol esas pieles negras se arropaban de abrigo y gorros como si fuera el ártico ya que la temporada de lluvia y vientos acechaba. Grabamos las escenas con la hija mayor, Wamboi. Queríamos mostrar cómo uno de los muchos problemas de vivir sin luz es que estudiar bajo la palpitante iluminación naranja del fuego se vuelve tremendamente complicado. Los humos y la baja intensidad de las llamas dañan los ojos. Me comentaban cómo la realidad que acabábamos de grabar la vivían vecinos de la aldea. Entré con pudor en aquella casa de madera con el suelo de barro. Me invitaron a una taza de té mezclado con la mejor leche que les había dado su vaca ese mismo día. Nuestra principal conversación era los contrastes entre las tierras “Muzungus” (personas blancas) y las suyas. Pero esa noche un tema me conmovió. Mama Wamboi y sus cuatro hijos hace tres años dejaron de vivir en la oscuridad gracias a una empresa que les permitía pagar a plazos una minúscula instalación. Me explicaron como ese pequeño panel solar de unas decenas de pulgadas había cambiado sus vidas. Me invitaron a cenar y como siempre la cena se eternizó. La comida no llenaba, pero sí lo hizo la conversación. Pocas palabras, pero muchas risas. Abrir ese cajón de la memoria trae lágrimas y tenue risa a mi rostro. El sol había cambiado sus vidas como lo haría el proyecto que estaba naciendo. “Kianga” me dijeron, rayo de sol en suajili. Mis ojos brillaron. Así debía llamarse ese proyecto repleto de esperanza.